

EL FRUTO DEL ESPÍRITU SANTO (PARTE I)

Gálatas 5:19–25



INTRODUCCIÓN

Este texto deja claro que hay una diferencia abismal entre el fruto del Espíritu y las obras de la carne. Mientras el fruto del Espíritu es evidencia de conversión y refleja un carácter semejante al de Cristo, las obras de la carne muestran una naturaleza separada de Dios.

Cuando el apóstol Pablo habla sobre las obras de la carne y el fruto del Espíritu, está presentando dos opuestos. Para entender su naturaleza, analizaremos tres características principales del fruto del Espíritu.

I. TRANSFORMACIÓN EXTERIOR E INTERIOR

“De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5).

Nacer del agua: Representa el bautismo, un acto exterior que simboliza la purificación del pecado, la muerte de la vieja vida y un compromiso público con Cristo.

Nacer del Espíritu: Es una experiencia interior, espiritual y transformadora. Es cuando el Espíritu Santo actúa en el corazón, renovándolo, despertando una fe genuina y produciendo un cambio profundo en el carácter.

El bautismo sin la renovación interior del Espíritu carece de sentido, y la experiencia con el Espíritu debe llevar al bautismo como expresión externa de esa transformación.

Este nuevo nacimiento trae una vida nueva, llena de poder para vencer el pecado y vivir según la voluntad de Dios. Sin esta experiencia espiritual verdadera, no hay salvación completa.

II. PRESENCIA CONTINUA DEL ESPÍRITU

Las cualidades identificadas como fruto son señales visibles de que el Espíritu Santo sigue actuando en la vida de la persona.

“Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios. [...] El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:14–16).

“[...] sed llenos del Espíritu” (Efesios 5:18).

Nacer del agua es un acto puntual, pero nacer del Espíritu es un proceso continuo. Por circunstancias especiales, alguien puede no nacer del agua y aun así entrar en el reino de Dios (Lucas 23:39–43). Sin embargo, nacer del Espíritu es una condición indispensable:

“[...] Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9).

“Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:8–9).

Estos textos indican claramente que el fruto del Espíritu depende de una relación continua con el Espíritu Santo.

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. [...] Mas el fruto del Espíritu es...” (Gálatas 5:16, 22).

Estas cualidades se llaman “fruto del Espíritu” porque, así como el fruto es el resultado natural y visible del crecimiento de una planta sana, estas virtudes son el resultado natural de la presencia y acción del Espíritu Santo en la vida de una persona.

Elena de White escribió: “Para producir muchos frutos, hay que aprovechar al máximo todo privilegio y oportunidad para desarrollar una mente cada vez más espiritual. El que desea recibir diariamente la ayuda divina debe deponer toda vulgaridad, orgullo y mundanidad. El que quiera crecer espiritualmente, con el poder del Espíritu Santo debe utilizar todos los recursos que el evangelio le proporciona para ganar en piedad e influencia. Es por medio de las invisibles agencias sobrenaturales como se produce el proceso de desarrollo desde la semilla hasta que el grano madura” (*Recibiréis poder*, 1 de marzo).

III. LA UNIDAD

La tercera característica del fruto del Espíritu es la unidad. El fruto del Espíritu se presenta como un conjunto armonioso de virtudes. No son virtudes aisladas, sino complementarias, que reflejan un carácter equilibrado.

El término “fruto del Espíritu” está en singular para indicar que todas las cualidades (amor, gozo, paz, etc.) son aspectos de un solo fruto. Esto sugiere que deben manifestarse juntas en la vida de quien es guiado por el Espíritu Santo. Es un conjunto armonioso de características que reflejan el carácter de Cristo.

Además de tener una unidad intrínseca (con Dios), el fruto del Espíritu también presenta una unidad extrínseca (con el prójimo). Esta unidad no es natural en el ser humano, sino resultado de la presencia del Espíritu Santo.

Pablo y Santiago hablan de la falta de unidad en algunas iglesias del primer siglo y señalan claramente la ausencia del Espíritu Santo en sus miembros:

- “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Corintios 1:10).
- “Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Filipenses 2:3).
- “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?” (Santiago 4:1).

Estos textos muestran que la falta de unidad era un problema real en las primeras comunidades cristianas, y que la enseñanza bíblica enfatiza la unión basada en “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).

CONCLUSIÓN

Hoy concluimos que el fruto del Espíritu no son virtudes que obtenemos por esfuerzo propio, sino que crecen a partir de nuestra relación con el Espíritu Santo.

LLAMADO

Pidamos al Espíritu Santo que nos ayude a producir el fruto del Espíritu en nuestra vida, inspirados por el estudio de la Biblia, la práctica de la oración y el deseo sincero de crecer espiritualmente.